

INSTRUCCIONES PARA COMER PESCADO

Alejandro Ferreyros

La masa es la mentira.

(Kierkegaard)

La mentira es tema espinoso: filetear la realidad o pincharse con ella.

En el norte se preguntan sobre el gusto capitalino por el filete. No entienden mucho por qué «su mejor» se tire al tacho. La devoción con que el raquero exprime el espinazo contrasta con la sofisticación de los cebiches limeños, mediatizados y austeros, de acero inoxidable. En Lima también se miente diferente. Ni hablar del **sashimi**, tan adoptado la década pasada, «con su yuca más», aporte peruano a la gastronomía nipona, sutil y digital.

En el pescado, como en otros menesteres, la sustancia está en el hueso. La verdad limpia de polvo y paja, transparente y luminosa, recuerda al «traje» del rey, de hilos imperceptibles al «Retablo de las maravillas», imaginarios y bochornosos. El gusto por lo sublime resulta un artificio refinado, bastante alejado de la naturaleza espontánea. La materia sin espinas, pelada y despepitada, desprovista de asperezas, se aleja de la verdad monda y lironda.

«La cruda» -como se aludía con cariño a «la realidad» en los setenta- tal cual, es intragable. Necesita de tratamiento, libre de asperezas que disgusten. La verdad desnuda requiere de una gran capacidad digestiva. Literalmente, hay que tener estómago.

LOS CÍNICOS

La franqueza a todo trance cayó en descrédito hace mucho tiempo. Su consigna se difundió, con poca fortuna y menor prestigio, entre los cínicos de la Grecia helénica. Su nombre ha devenido, como consecuencia de la intolerancia y la calumnia por parte de los convencionalismos, en sinónimo del descaro y de la desvergüenza. Su origen se encuentra mejor en el gimnasio donde se reunían, el **Cinosarges**, y no como se ha difundido malamente, por algún comportamiento **perruno**, a saber: comer y hacer el amor en público, saber reconocer a sus amigos y ladrar a sus enemigos, ir descalzos, dormir en la tierra, en los caminos, y ser buenos guardianes de la filosofía.

Para Antístenes, su fundador, discípulo tardío de Sócrates y admirador de Hércules, lo único que interesa es la ética. Proclamaba que la máxima virtud coincide con la máxima franqueza, que la verdad es pura y simple, y su revestimiento y adorno son formas de falsedad y de mentira. Desdeñaba con razón a los poderosos y no dejaba pasar oportunidad para ridiculizarlos. Sus discípulos cultivaban el escándalo provocador, del cual se asistían para conmover al espíritu crítico. Un joven osó preguntarle con qué mujer casarse y respondió: «Si es bella, te será infiel; si es fea, la pagarás caro».

La actitud cínica clásica ante la vida y las relaciones humanas adopta a la verdad como garrote. Asume con entusiasmo la tarea de encarar a «verdaderos» a la gente, con la doble aspiración de que, al sacudir las conciencias, la verdad se haga presente con toda su contundencia y agresividad, y que el individuo recupere la medida propia. De las mentiras, la «piadosa» sería la peor, pues ablanda el espíritu sin fortalecerlo. Es, por definición, conservadora, y prefiere persistir en el error, antes que herir un sentimiento.

Al no poseer nada, el cínico no tiene qué perder. Ante la duda, crudeza. Diógenes, tal vez el más aplicado de sus seguidores (el «Sócrates furioso» lo llamó Platón) arrojó su plato y su vaso al ver a un niño ahuecar la mano y beber, y comer sobre un trozo de pan. Sin duda representa el antípoda del poder. Cuando Alejandro le ofreciera concederle un deseo, replicó su famoso «¡Apártate de mi sol!». La única ligazón que admitía era la amistad, la cual desanimaba. A un joven postulante le pidió que le siguiera llevando un arenque de una cuerda. Al poco, el cachimbo abandonó la prueba. «Un arenque ha roto nuestra amistad», constató Diógenes. Negaba el valor del matrimonio, recomendaba la unión libre, y lamentaba que la demanda del hambre no fuese tan fácil de aplacar como la sexual, «con un suave masaje en el estómago».

LA PÍLDORA DORADA

La verdad desnuda nos enceguece al deslumbrarnos. Nuestros aparatos perceptivos no están habituados a ella y se resisten a su presencia intempestiva. Cuando se presenta sin previo aviso nos coge casi siempre en Babia, y es por lo general impertinente. Por el contrario, cuando anticipamos su posible asistencia, nos premunimos de atuendos y ademanes que disimulen su efecto anonadante. La vida social exige que nuestros comportamientos

se ajusten a un cierto código y sean predecibles. Atentar contra los convencionalismos podrá ser celebrado, no imitado. En ese sentido, la realidad se nos presenta muchas veces como una colección de estereotipias, de las que más vale no apartarse si no se quiere pasar por la ruda experiencia de la marginación y el hielo.

Un comportamiento dubitativo y condescendiente suele anticipar una mala noticia. «Dorar la píldora» es una expresión alquímica que apunta en dirección de solapar el mal trago. La verdad descarada despierta animadversión y suele ser antipática. Por eso, hay que acomodar palabras y adoptar maneras que atenúen el efecto probable de, en verso de Javier Sologuren:

«... viéndolo todo, y todo sin su traje.»

El maquillaje y el afeitado son formas aceptadas de la mentira: hacen que la realidad «parezca» distinta de lo que es, supuestamente corregida y mejorada.

El verbo «parecer» ocupa el lugar de la incertidumbre en la gramática castellana. Comparte con los copulativos la necesidad de un complemento. No se sostiene solo. «Juan parece» es una frase inconclusa. Requiere de algo que termine la ecuación. Fue a la mujer del César a quien le tocó representar esta dualidad: No debía sólo serlo sino, además, parecerlo. Sólo serlo habría sido tan mentira como sólo parecerlo. La realidad se construye sobre la base de las apariencias. De allí el consejo chino:

«Ni atarse los zapatos en el sandial, ni acomodarse la gorra bajo el ciruelo.»

Cuando se habla de «la verdad de las mentiras», se equivocan los términos y se confunde «mentira» con «ficción». Mientras que esta última remite a la capacidad de imaginación para crear lo que la naturaleza no ha tenido ni tiempo ni ganas de realizar, aquella constituye un engaño mal intencionado. No es posible mentir sin querer. La mentira es siempre un acto volitivo, supone planificación, aunque sea rudimentaria, del error ajeno.

En cambio, la naturaleza no miente. Al igual que los oráculos, «ni dice ni calla, sino que indica». Una nube negra que no llueve, no miente. Un espejismo tampoco miente, aunque el viajero así lo resienta. El engaño viene de adentro. Un perro no miente a otro perro. Sólo los humanos nos mentimos.

El psicoanálisis ha aportado muchas ideas acerca de esta actividad de fabulación. Lo que ocurriría en nuestra mente no sería producto de la realidad sino de la manera peculiar, muchas veces arbitraria, como nos la representamos. Las leyes que ordenan y gobiernan esta representación son las leyes de lo inconsciente. A esta segunda realidad, personal e intransferible, se le llama «realidad psíquica», y es la responsable de la mayoría de los sufrimientos neuróticos. En pocas palabras, los llamados «objetos internos» o «internalizados» tienen una autonomía funcional respecto de los «objetos externos» que los motivaron. Un padre autoritario o una madre castradora actuaría desde adentro, desde el llamado «mundo interno» no sólo del paciente sino de cualquier ser humano.

Cuando el hermano de José María Arguedas se mostraba desconcertado ante las escenas que relataba en su correspondencia referidas a las iniquidades de su madrastra y no reconocía al personaje, no era porque estuviera diciendo que el escritor estuviese mintiendo respecto de esta figura materna, sino que sus madrastras internas no coincidían, al margen de las características materiales de dicha señora.

Con esta relativización de la realidad, lamentablemente se han cometido excesos y muchas veces, a título de «realidad psíquica» no sólo se ha querido dar patente de corso a las subjetividades más arbitrarias, sino que ha tenido consecuencias en la vida práctica de mucha gente. Los casos más flagrantes de cómo las experiencias subjetivas se han «realizado» en el afuera con consecuencias deplorables son los casos en que algunos «recuerdos» infantiles aparecen como reales, sin ser otra cosa que distorsiones motivadas por crisis de desarrollo. Padres acusados de maltrato y de abuso sexual, ya sea como consecuencia de tomar al pie de la letra las asociaciones libres inducidas por el diván, ya sea como producto de la sugestión, han confundido a los investigadores y los han inducido algunas veces a desarrollar teorías sobre evidencia bastante endeble.

Cuando Freud escuchó a sus primeras pacientes histéricas relatar experiencias de seducción sexual infantil, no dudó en atribuirles a estas «ocurrencias» el origen de sus trastornos neuróticos. No habría tardado mucho en percatarse de que dichas «ocurrencias» eran producto de la propia actividad psíquica de sus histéricas quienes, sin ánimo doloso, habían construido tales escenas para darle explicación a sus pesares. Es un poco por eso que a los psicoanalistas no les interesa tanto la constatación de la veracidad

de las expresiones de sus pacientes, sino la identidad autónoma de sus discursos.

LA CREDULIDAD

Punto aparte es el otro lado de la mentira, la credulidad. ¿Cómo explicar ese inclinamiento inverosímil a ser embaucado? ¿De dónde procede la disposición a caer en los engaños de los pillos? ¿Cómo explicar que, una y otra vez, las mismas patrañas consigan las mismas candideces? En parte, la respuesta ya ha sido esbozada: la naturaleza no ha previsto la mentira. Es tendencia espontánea la de dar crédito a los semejantes. La desconfianza es aprendida, la confiabilidad, innata. Es principalmente por eso que la credulidad está asociada con la ingenuidad, y ésta con la puerilidad. Cuando el inefable presidente, casi presidiario, sostuvo que «en política no había que ser ingenuos», aclaraba que la responsabilidad de una mentira es de quien se la cree. Por supuesto que esta ética ha sido adoptada sin reservas por sus émulos aspirantes.

La predisposición al engaño obedece a una postura infantil, dependiente y pasiva. Es una supervivencia del estado indefensible, propio del niño. La confianza básica que necesita desarrollar un niño en la relación con sus padres, se niega a desarrollar la cautela y la prudencia ante otros, rapaces y oportunistas. La credulidad es una reacción primaria. Un pueblo ignorante y subdesarrollado es más susceptible al engaño que otro maduro y culto. Los gobernantes demagogos, por eso, se cuidan mucho de no estimular el espíritu crítico de sus gobernados, pues eso no haría sino dificultarles la tarea que elípticamente llaman «governabilidad».

Hay un acuerdo tácito, en las campañas políticas, en mentir. Como en el cuento infantil, a nadie se le ocurre gritar «¡el rey está calato!», no sólo por evitarle un bochorno al pobrecito, sino por no ser aguafiestas. A pesar de que es sabido que los planes de gobierno están diseñados a la medida de los deseos más inmediatos de un elector irreflexivo, parece que el deseo de escuchar mentiras halagadoras es superior a la voluntad de conocer cabalmente los proyectos verdaderos de quien se presenta con ánimos persuasivos.

Ocurre con la política que la mentira sólo es reprobable cuando no logra su objetivo. Como en el son de Ibrahim Ferrer:

«Con la mentira se puede.

Ser mentiroso conviene.»

Sólo cuando la mentira falla es condenada. En otro caso es sagacidad, viveza, picardía, inteligencia.

¡AMPAY!

A pesar de todo, algunas veces el mentiroso se pone en evidencia mientras está operando. Algunos gestos lo anuncian. Un observador prevenido puede estar advertido del engaño venidero si presta atención a algunos rasgos. Algunos mentirosos sacan y meten compulsivamente la lengua de la boca entre palabras, como una serpiente. Otros parpadean sin cesar, otros no parpadean nunca, como una manera de intimidar a su víctima. Algunos profesionales de la mentira se delatan por las palabras que utilizan como señuelos. Toda la parafernalia verbal del discurso asertivo, tan de moda entre los comunicadores, busca sorprender al incauto. Cada vez que alguien comienza una aseveración con «Definitivamente...» probablemente esté fanfarroneando. O cuando se usan esos idiotismos que buscan simular seguridad en lo expresado, tales como «En todo caso...», «Es más...» y toda esa recatavila de modismos y palabrería típica de quien no cree en lo que está diciendo pero necesita que el otro sí lo haga.

En la cultura de la imagen, lo que se dice vale por quien lo dice, por el lugar que ocupa, por la ropa que se pone y sus ademanes. La verdad es producto de la pose y no de la consistencia de las palabras. Ahora que está de moda recusar todo aquello que sea «demasiado fuerte», lo suavecito tiene un poder de convencimiento mayor que la mayor evidencia pura y simple. En estos días, la credibilidad la pone una corbata.

Ya lo decía Juan de Mairena a sus alumnos en clase de Retórica y Poética:

«La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

AGAMENÓN. –Conforme.

EL PORQUERO. No me convence.»

